



LA SERIE DEL CÍRCULO

NEGRO

LIBRO 1: *El nacimiento del mal*

TED DEKKER

Nada es como parece cuando se estrellan los sueños y la realidad.

Huyendo de sus agresores por callejones abandonados, Thomas Hunter apenas se escapa yéndose al techo de un edificio. Luego una bala silenciosa de la noche roza su cabeza... y su mundo se vuelve negro. De la negrura surge la asombrosa realidad de otro mundo, un mundo donde domina el mal. Un mundo en el que Thomas Hunter se enamora de una mujer hermosa. Pero luego se acuerda del sueño en el que lo perseguían por un callejón mientras extiende su mano para tocar la sangre en su cabeza. ¿Dónde termina el sueño y comienza la realidad? Cada vez que se queda dormido en un mundo, se despierta en otro. Pero en ambos, le aguarda un desastre catastrófico... quizás incluso sea causado por él.

Algunos dicen que el mundo depende frágilmente de cada decisión que tomamos. Ahora el destino de dos mundos depende frágilmente de las decisiones de un hombre.

Para mis hijos.
Ojalá recordaran siempre
lo que yace detrás del velo.

CARLOS MISSIRIAN era su nombre. Uno de sus muchos nombres. Nacido en Chipre.

El hombre sentado en el extremo opuesto de la larga mesa de comedor, que cortaba lentamente un grueso bistec, era Valborg Svensson. Uno de sus muchos, muchos nombres.

Nacido en el infierno.

Comían en silencio casi perfecto a diez metros uno del otro en un oscuro salón labrado del profundo granito en los Alpes suizos. Negras lámparas metálicas a lo largo de las paredes difundían por todo el espacio una tenue luz ámbar. No había sirvientes, ningún otro mueble, ni música, sólo Carlos Missirian y Valborg Svensson sentados a la exquisita mesa de comedor.

Carlos cortó el grueso trozo de carne con un cuchillo muy afilado y observó cómo caía a un lado la rebanada. *Como al dividirse el Mar Rojo*. Volvió a cortar, consciente de que el único sonido en este salón era el de dos cuchillos dentados cortando carne en la porcelana, partiendo fibras. Extraños sonidos si se sabe escucharlos con atención.

Carlos se puso una rebanada en la boca y la masticó firmemente. No levantó la mirada hacia Svensson, aunque era indudable que el hombre lo observaba, le veía el rostro, la larga cicatriz que tenía en la mejilla derecha, con aquellos ojos negrísimo. Carlos respiró profundamente, sacando tiempo para disfrutar el cobrizo sabor del filete.

Muy pocos hombres habían puesto nervioso alguna vez a Carlos. Los israelíes se ocuparon de eso a principios de su

vida. El odio, no el temor, lo dominaba; un modo de ser que encontró útil como asesino. Pero Svensson podía, con una mirada, poner nerviosa a una roca. Decir que esta bestia infundía temor en Carlos sería exagerado, pero sin duda lo mantenía alerta. No porque Svensson representara alguna amenaza física para él; ningún hombre la representaba de veras. Es más, Carlos podría en este mismo instante enviar como un rayo el cuchillo que tenía en las manos directo a los ojos del individuo con un veloz giro de muñeca. ¿Qué entonces provocaba su cautela? Carlos no estaba seguro.

Por supuesto, el hombre en realidad no era una bestia del infierno. Era un empresario de origen suizo que poseía la mitad de los bancos en Suiza y la mitad de las compañías farmacéuticas fuera de Estados Unidos. Ciertamente, él había pasado más de la mitad de su vida aquí, debajo de los Alpes suizos, acechando como un animal enjaulado, pero era tan humano como cualquier otro individuo que anduviera en dos piernas. Además, al menos para Carlos, muy vulnerable.

Carlos acompañó la carne con un sorbo de vino Chardonnay y dejó que su mirada se posara en Svensson por primera vez desde que se sentaran a comer. El hombre no le hizo caso, como de costumbre. Tenía el rostro feamente marcado, y la nariz parecía demasiado grande para la cabeza... no rechoncha y protuberante, sino aguda y angosta; el cabello, igual que los ojos, era negro, teñido.

Svensson dejó su corte a medias, pero no levantó la mirada. Se hizo silencio en el salón. Los dos siguieron sentados en silencio, como estatuas. Carlos lo observaba, sin deseos de dejar de mirar. El único factor atenuante en esta relación poco común era el hecho de que Svensson también respetaba a Carlos.

De repente el suizo puso a un lado el cuchillo y el tenedor, se tocó el bigote y los labios con una servilleta, se levantó, y se dirigió a la puerta. Se movía lentamente, dando cierto cuidado especial a la pierna derecha; arrastrándola.

Nunca había ofrecido una explicación por la pierna. Svensson salió del salón sin lanzar una sola mirada en dirección a Carlos.

Carlos esperó en silencio un minuto, sabiendo que Svensson tardaría todo ese tiempo en recorrer el salón. Finalmente se puso de pie y lo siguió, entrando a un largo vestíbulo que llevaba a la biblioteca, adonde supuso que se había retirado Svensson.

Conoció al suizo tres años antes mientras trabajaba con facciones rusas decididas a emparejar los poderes militares del mundo con ayuda de la amenaza de armas biológicas. Se trataba de una doctrina antigua: ¿Qué importaba que Estados Unidos tuviera doscientas mil armas nucleares apuntadas al resto del mundo si sus enemigos tenían las armas biológicas adecuadas? Prácticamente era imposible defenderse en ciudades abiertas de un virus muy infeccioso transmitido por el aire.

Un arma para poner de rodillas al mundo.

Carlos hizo una pausa ante la puerta de la biblioteca antes de abrirla. Svensson se hallaba ante la pared de vidrio observando el laboratorio blanco un piso más abajo. Había encendido un cigarrillo y estaba envuelto en una nube de denso humo.

Carlos pasó al lado de una pared llena de libros empastados en cuero, levantó una licorera de *Whisky*, se sirvió un trago, y se sentó en un elevado taburete. La amenaza de armas biológicas se podía igualar fácilmente a la de armas nucleares. Estas podrían ser más fáciles de usar, y quizá más devastadoras. *Podrían*. En su tradicional desprecio a cualquier amenaza, la U.R.S.S. había empleado miles de científicos para desarrollar armas biológicas, incluso después de haber firmado en 1972 la Convención de Armamento Biológico y Tóxico. Todo, desde luego, con supuestos propósitos de defensa. Tanto Svensson como Carlos conocían íntimamente los éxitos y los fracasos de la antigua investigación soviética. En el análisis final, los supuestos «súper mi-

crófonos ocultos» que habían desarrollado no eran tan súper, ni siquiera de cerca. Eran demasiado imprecisos, imprevisibles, y muy fáciles de neutralizar.

El objetivo de Svensson era sencillo: Desarrollar un virus muy violento y estable que se pudiera transmitir por el aire, con un periodo de incubación de tres a seis semanas, y que reaccionara de inmediato a un antivirus que sólo él controlara. No se trataba de matar poblaciones enteras de seres humanos, sino infectar regiones enteras de la tierra en unas pocas semanas y luego controlar el único tratamiento.

Así era como Svensson planeaba ejercer inimaginable poder sin la ayuda de un solo soldado. Así era como Carlos Missirian planeaba borrar del mapa a Israel sin hacer un solo disparo. Suponiendo, por supuesto, que se pudiera desarrollar y tener protegido ese tipo de virus.

Pero todos los científicos estaban conscientes que sólo era cuestión de tiempo.

Svensson miró el laboratorio abajo. El suizo usaba el cabello partido por la mitad, de tal manera que a cada lado le caían negros mechones. Metido en su chaqueta negra parecía un murciélago. Era un hombre unido a un tenebroso código religioso que requería largos viajes en lo más profundo de la noche. Carlos era sin duda su propio dios cubierto con una capa negra y nutrido con amargura, y a veces cuestionaba su propia lealtad a Svensson. Al individuo lo motivaba una insaciable sed de poder, e igual ocurría con los hombres para los que trabajaba. Esto era lo que los sustentaba. Esta era su droga. A Carlos no le importaba entender las profundidades de las locuras de esa gente; lo único que sabía era que se trataba de la clase de individuos que conseguían lo que deseaban, y en el proceso él también iba a lograr lo que anhelaba: La restauración del islam.

Tomó un sorbo de *Whisky*. *Se podría pensar que alguien, uno solo de los miles de científicos que trabajaban en el sector biotecnológico defensivo, se toparía alguna vez con algo significativo después de todos estos años.*

Ellos tenían más de trescientos informantes pagados en cada compañía farmacéutica importante. Carlos había entrevistado de forma muy persuasiva a cincuenta y siete científicos del antiguo programa de armas biológicas soviéticas. Y al final, nada. Al menos nada de lo que buscaban.

El teléfono sobre el enorme escritorio negro de sándalo sonó ruidosamente a la derecha de ellos.

Ninguno de los dos hizo un movimiento hacia el teléfono; dejó de sonar.

—Te necesitamos en Bangkok —informó Svensson. Su voz sonó como el ruido sordo de un motor moviéndose con un cilindro lleno de arena.

—Bangkok.

—Sí, Bangkok. Farmacéutica Raison.

—¿La vacuna Raison? —preguntó Carlos.

Ellos habían estado siguiendo el desarrollo de la vacuna por más de un año con la ayuda de un informante en los laboratorios Raison. Carlos siempre había pensado que sería irónico que la compañía francesa Raison, que se pronunciaba rey-ZONE y significaba «razón», un día estuviera produciendo un virus que pondría de rodillas al mundo.

—Yo no era consciente de que su vacuna nos prometiera algo —comentó.

Svensson cojeó lentamente, muy lentamente, hacia su escritorio, agarró un papel blanco, y lo recorrió con la vista.

—Recuerda un informe de hace tres meses acerca de mutaciones de la vacuna imposibles de conservar.

—Nuestro contacto afirmó que las mutaciones no se mantenían, y que morían en minutos.

Naturalmente, Carlos no era científico, pero sabía más que el promedio de personas respecto de armas biológicas.

—Esas fueron las conclusiones de Monique de Raison. Ahora tenemos otro informe. Nuestro hombre en los Centros para el Control de Enfermedades (CDC) recibió hoy un visitante nervioso que afirmó que las mutaciones de la va-

cuna Raison se mantenían bajo un calor específico prolongado. El visitante aseguró que el resultado sería un virus letal transmitido vía aérea con una incubación de tres semanas; virus que podría infectar a toda la población del mundo en menos de tres semanas.

—¿Y cómo fue que este visitante encontró esta información?

—Un sueño —contestó Svensson después de titubear—. Un sueño muy extraño. Un sueño muy, pero muy convincente de otro mundo poblado por seres que creen que los sueños de él en este mundo son sólo sueños; y por murciélagos que hablan.

Ahora fue Carlos quien titubeó.

—Murciélagos.

—Tenemos nuestros motivos para prestar atención. Quiero que vuelas a Bangkok y entrevistes a Monique de Raison. Si la situación se justifica, voy a querer la mismísima vacuna Raison, por cualquier medio.

—¿Estamos ahora recurriendo a místicos?

Svensson tenía bien cubiertos a los CDC, con cuatro en la nómina, si Carlos recordaba correctamente. Hasta los reportes que parecían más inofensivos sobre enfermedades infecciosas eran encaminados rápidamente a las oficinas centrales en Atlanta. Era indudable que a Svensson le interesaba todo informe de cualquier nuevo brote y de los planes para tratarlo.

¿Pero un sueño? Totalmente fuera de carácter para el estoico suizo de tenebroso corazón. Esto sólo insinuaba su única verosimilitud.

Svensson lo miró con ojos sombríos.

—Como dije, tenemos otras razones para creer que este hombre podría saber cosas que no tiene por qué saber, sin importar cómo obtuvo esa información.

—¿Como qué cosas?

—Eso no está a tu alcance. Basta decir que no hay forma de que Thomas Hunter pudiera haber sabido que la va-

cuna Raison estaba sujeta a mutaciones que no se conservaban.

Carlos frunció el ceño.

—Una coincidencia.

—No estoy dispuesto a correr ese riesgo. El destino del mundo recae sobre un virus difícil de localizar, y de su cura. Tal vez acabamos de encontrar ese virus.

—No estoy seguro que Monique de Raison quiera conceder una... entrevista.

—Entonces oblígala.

—¿Y qué hay con Hunter?

—Te enterarás por cualquier medio que sea necesario de todo lo que Thomas Hunter sabe, y luego lo matarás.

TODO EMPEZÓ un día antes con una simple bala silenciada y salida de la nada.



Thomas Hunter caminaba por el mismo callejón débilmente iluminado que tomaba siempre en su camino a casa después de cerrar el pequeño Java Hut en Colfax y la Novena, cuando un *¡tas!* interrumpió el zumbido del lejano tráfico. Salpicaduras de ladrillo rojo salieron de un hoyo como de dos centímetros y medio a medio metro de su rostro. Thomas detuvo a mitad de un paso.

¡Tas!

Esta vez vio la bala estrellándose contra el ladrillo. Esta vez sintió una picadura en la mejilla mientras diminutos fragmentos de ladrillo destrozado salían disparados por el impacto. Esta vez se le paralizó cada músculo del cuerpo.

¡Alguien le acababa de disparar!

Le *estaban* disparando.

Tom retrocedió hasta agacharse, y por instinto extendió los brazos. No parecía poder quitar los ojos de esos dos hoyos en el ladrillo exactamente adelante. Se debió tratar de alguna equivocación. Un producto de su febril imaginación. Sus aspiraciones de novelista finalmente habían traspasado la línea entre la fantasía y la realidad con esos dos hoyos vacíos que lo observaban desde el ladrillo rojo.

—¡Thomas Hunter!

Esa no fue su imaginación, ¿o sí? No, ese era su nombre, y aún resonaba en el callejón. Una tercera bala se es-

trelló en la pared de ladrillo.

Él giró hacia la izquierda, aún agachado. Dio un largo paso, se dejó caer sobre el hombro derecho, rodó. El aire se dividió otra vez por encima de su cabeza. Esta bala repiqueteó en una escalera de acero y resonó en el callejón.

Tom se enderezó y salió persiguiendo el sonido a toda prisa, empujado tanto por el instinto como por el terror. Ya antes había vivido esto, en las callejuelas de Manila. Entonces era adolescente, y las pandillas filipinas estaban armadas con navajas y machetes en vez de pistolas, pero en ese momento, en que hacían trizas el callejón detrás de la Novena y Colfax, la mente de Tom no percibía ninguna diferencia.

—¡Eres hombre muerto! —gritó la voz.

Ahora supo quiénes eran. Eran de Nueva York.

Este callejón conducía a otro a veinticinco metros adelante, a su izquierda. Una simple sombra en la débil luz, pero él conocía el diagrama.

Dos balas más fustigaron, una tan cerca que sintió su ráfaga sobre la oreja izquierda. Detrás de él retumbaron pisadas en el concreto. Dos pares, quizá tres.

Tom se metió a las sombras.

—Córtenle la retirada. Radio.

Se impulsó en la parte anterior de los pies, y salió a toda velocidad, con la mente dándole vueltas. ¿Radio?

El problema con la adrenalina —le susurró la débil voz de Makatsu—, *es que te debilita la mente*. Su instructor de karate se señalaría la cabeza y guiñaría el ojo. *Tienes mucha fuerza bruta con que pelear, pero no fuerza bruta con que pensar*.

Si ellos tenían radios y le podían cortar la retirada más adelante, se le presentaba un problema muy grave.

Buscó frenéticamente dónde esconderse. Un acceso al techo en mitad del callejón. Un inmenso contenedor de basura demasiado lejos. Cajas tiradas a su izquierda. Ningún

verdadero lugar en qué ocultarse. Tenía que hacer su jugada antes de que ellos ingresaran al callejón.

Brotos de pánico se le clavaron en la mente. *La adrenalina entorpece la razón; el pánico la mata.* Otra vez Makatsu. A Tom ya lo había apaleado una vez una pandilla de filipinos que había prometido matar a todo mocoso estadounidense que entrara en su territorio. Hicieron su territorio de las calles aledañas a la base del ejército. Su instructor lo había regañado, insistiendo en que él era suficientemente bueno para haberse librado esa tarde del ataque de ellos. El pánico le había costado caro. El cerebro se le había convertido en arroz con leche, y él merecía los moretones que le hinchaban los ojos.

Esta vez eran balas, no patadas y palos, y las balas le dejarían más que moretones. Se le acababa el tiempo.

Con pocas ideas y mucha desesperación, Tom se arrojó al drenaje de la calle. Áspero concreto le desgarró la piel. Rodó rápidamente a su izquierda, tropezó contra la pared de ladrillo, y se tendió bocabajo en la oscura sombra.

Retumbaron pisadas en la esquina que corrían hacia él. Un hombre. Él no tenía idea de cómo lo habían encontrado en Denver, cuatro años después del hecho. Pero si se habían tomado todas estas molestias, no se alejarían tan fácilmente.

El hombre corría con pasos veloces, casi sin aliento. La nariz de Tom estaba enterrada en el húmedo rincón. Ruidosas ráfagas de aire de los orificios nasales le sacudían el rostro. Contuvo la respiración; al instante le comenzaron a arder los pulmones.

Las resueltas pisadas se acercaron, pasaron corriendo. Se detuvieron.

Un leve temblor le recorrió los huesos a Tom. Luchó contra otra ola de pánico. Habían pasado seis años desde su última pelea. No tendría ninguna posibilidad contra un hombre con una pistola. Desesperadamente deseó que las

pisadas siguieran adelante. *Caminen. ¡Simplemente caminen!*

Pero las pisadas no caminaron.

Chirriaron silenciosamente.

Tom casi gritó en su desesperación. Debía moverse ahora, mientras aún tuviera la ventaja de la sorpresa.

Se lanzó a su izquierda, rodó una vez para ganar impulso. Luego dos veces, poniéndose primero de rodillas y después de pie. Su atacante estaba frente a él, con la pistola apuntándole, inmóvil.

El impulso de Tom lo lanzó de lado, directamente hacia la pared opuesta. El destello del cañón de la pistola iluminó por un instante el oscuro callejón y escupió una bala que le pasó de largo. Pero ahora el instinto había reemplazado al pánico.

¿Qué zapatos estoy usando?

La pregunta destelló por la mente de Tom mientras saltaba hacia la pared de ladrillo, el pie izquierdo por delante. Una pregunta crítica.

Su respuesta llegó cuando el pie se posó en la pared. Suelas de goma. Un paso más sobre la pared con agarre de sobra. Echó la cabeza hacia atrás, se arqueó, se empujó en el ladrillo, luego hizo un medio giro a su derecha sobre sí mismo. El movimiento fue sencillamente una patada invertida de bicicleta, pero no lo había ejecutado en media docena de años, y esta vez no tenía la mirada puesta en un balón de fútbol lanzado por uno de sus amigos filipinos en Manila.

Esta vez era una pistola.

El hombre logró disparar antes de que el pie izquierdo de Tom le golpeará la mano, y lanzara la pistola ruidosamente por el callejón. La bala le hizo encoger el cuello.

Tom no aterrizó suavemente sobre los pies como esperaba. Cayó de pies y manos, rodó una vez, y se colocó en la séptima posición de pelea frente a un hombre musculoso con cabello negro muy corto. Una maniobra no exactamen-